

Chocobar hoy: sufrió un coma diabético, bajó 21 kilos y estudia enfermería para ser rescatista

05/04/2021

La cara más angulosa y la ropa holgada, como si se hubiera equivocado de talle. Parado en una vereda de la avenida Corrientes, a metros del estudio de su abogado, el policía Luis Chocobar parece una persona diferente a la que hace más de tres años ocupó el centro de la escena. Pasó ese tiempo desde que mató a un ladrón que le había robado a un turista en La Boca. Desde aquel episodio, se enfermó de diabetes y bajó de peso: 21 kilos, de 112 a 91. **“Hasta hace un tiempo en la calle me gritaban ‘grande, Choco’, ‘fuerza, Choco’, ‘vamos, Choco, necesitamos más policías como vos...’.** Algunos me pedían autógrafos. Ya no me reconocen tanto. Es que estoy mucho más flaco. Y en la tele se habla de otros temas”, dice el agente, de 33 años.

“Por su estado de salud, Luis forma parte del grupo más vulnerable frente al coronavirus”, interviene su defensor, Fernando Soto. “Aunque es personal de riesgo, todavía no lo vacunaron”.

-¿Lo discriminaron?

-No, no le llegó el turno. Lo mismo les pasa a sus compañeros de la fuerza.

La contracara de Chocobar, su abogado es locuaz y habla con entusiasmo. Sabe que trabaja con un caso que dividió al país y generó preguntas: ¿Chocobar hizo lo que debía? ¿Actuó en legítima defensa? ¿Evitó que se arriesgara la vida de otros?

¿0 fue un caso de *gatillo fácil*?

Soto se acomoda el saco y aclara: «Ya va a hablar, ya va a hablar... Por ahora preferimos preservarlo. No queremos que nadie lo malinterprete».

En diciembre de 2017, en el inicio de la causa judicial, Chocobar estuvo preso 72 horas y lo liberaron. El juicio oral empezó en los Tribunales de Comodoro Py en octubre del año pasado. Se lo acusa de “homicidio agravado en exceso del cumplimiento del deber”, figura que contempla **la prisión perpetua como posible castigo**. Además sufrió un embargo de 400.000 pesos. Por estos días se harán nuevas pericias. Luego, otro grupo de testigos dará su testimonio. Y llegará su declaración. La sentencia podría estar a mediados de mayo.

¿Qué decidirá la Justicia? ¿Será absuelto? ¿Recibirá una pena menor a cinco años de prisión? ¿Irá a la cárcel por el resto de su vida?

“En un juicio por jurados, integrado por ciudadanos comunes, no tengo dudas de que sería absuelto”, dice Soto.



El policía, con su uniforme. (Mario Quinteros).

Chocobar repite: “No tiré a matar. Y lo hice porque pensé que Kukoc (el delincuente) iba a sacar un arma. No me arrepiento. Cumplí con mi deber y con la capacitación e instrucción que recibí”.

Un dato a favor del policía es que las pericias establecieron que **el disparo mortal rebotó primero en el asfalto**. O sea: apuntó hacia abajo, “a las piernas”.

Es la mañana del 8 de diciembre de 2017. En la esquina de Olavarría y Garibaldi, cerca de Caminito, dos ladrones le roban una cámara de fotos a Frank Wolek, un turista estadounidense de 54 años. En el asalto le dan diez puñaladas, dos de ellas en el corazón. Wolek queda al borde de la muerte. **“¡Help, me!”**, pide ayuda en estado de shock, con el **cuerpo chorreando sangre**. Los ladrones corren. A las pocas cuadras, dos personas que habían sido testigos frenan a uno de

los delincuentes, Juan Pablo Kukoc, de 18 años. El otro, un menor que fue identificado como J, se escapa. Kukoc forcejea con quienes le cortan el paso. Logra soltarse. Y vuelve a correr. En eso aparece Chocobar, oficial de la Policía Local de Avellaneda, que vive a pocas cuadras y camina hacia el Hospital Finochietto, donde hará "horas adicionales". Está vestido de civil, con jeans y una remera. En la mochila lleva su uniforme. Se identifica con un grito. Le pide a Kukoc que se detenga. Dispara tres tiros al aire. Kukoc sigue su carrera por la calle Suárez. Por la espalda, Chocobar aprieta el gatillo cuatro veces más: una bala pega en el muslo izquierdo de Juan Pablo, y otra en el glúteo. Cuatro días después, el joven muere en el Hospital Argerich.

"Los policías nos jugamos la vida todos los días", dice ahora Analía Jaime, compañera y amiga de Chocobar, que además de ser policía forma parte del cuerpo de Bomberos Voluntarios de La Boca. "Yo siento orgullo por Luis, que es como un hermano... Se involucró en un asunto que no era de su jurisdicción y terminó de mala manera: él no quería que pasara lo que pasó. Y ese final le provoca una gran tristeza".

Chocobar fue tapa de los diarios. Por los nervios que sufrió, le explicaron los médicos, en 2018 tuvo los primeros síntomas de diabetes. El cuadro se complicó. **En coma diabético pasó unos diez días internado** en el Sanatorio Güemes, donde también fue operado de apendicitis. Para recuperarse redujo los alimentos con azúcar y harina y dejó de tomar alcohol. El tratamiento incluye dos pastillas por día de metformina.

No fue lo único que cambió para él. Su vida sentimental se hizo pedazos. **Y se separó de Catherine**, la mujer que lo había defendido con firmeza y había revelado que sufrió una situación similar a la de Wolek: "Me asaltaron y me dieron dos puntazos", contó. «Los derechos humanos no estuvieron para mí...».



Chocobar, con Macri, en febrero de 2018. (DPA).

Con Catherine, Luis planeaba «*formar una familia*». Pero empezaron las discusiones y cada uno terminó por su lado. Hasta que se distanciaron, la pareja alquilaba una casa en La Boca porque Chocobar quería estar cerca de su hija de siete años, Zoe, fruto de una relación anterior a la de Catherine.

«No podemos caminar tranquilos, estamos sin custodia. Nos tenemos que mudar constantemente. Toda esta situación me pudre, me da bronca... Una buena persona trata de hacer las cosas bien (en referencia a Chocobar) y después pasa esto... Siento mucha angustia», contaba Catherine. En la puerta de su casa frenaban motos y les gritaban en tono amenazante: «**iYa sabemos dónde vive el poli!**».

La rutina laboral de Chocobar también se alteró. Aunque sigue llevando su arma reglamentaria, una pistola Thunder 9 milímetros, dejó el patrullaje de calle para hacer tareas “de logística”. “*Antes trabajaba en Avellaneda, pero como le quisieron hacer escraches lo trasladaron a una dependencia que mantenemos en reserva*”, cuenta el abogado.

Cada día, Luis se despierta cerca de las seis de la mañana. Viaja en colectivo. Al principio, para que no lo identificaran, se ponía gorras con visera, como un cantante de hip hop. Después, con la llegada de la pandemia, sólo se dejó el barbijo que le cubre más de la mitad de la cara. Su servicio es, como se conoce en la jerga, de “12 por 36”: trabaja un día y descansa el siguiente. Si bien puede variar el horario de entrada, y a veces cumple servicio de noche, en general permanece activo de 8 a 20.

Desde que Alberto Fernández asumió como presidente, en diciembre de 2019, **la Policía de la Provincia le sacó todos los adicionales**. “Cobra unos 40.000 pesos cuando podía llegar a entre 60.000 y 70.000...”, detalla Soto. Como rebusque, Chocobar volvió a uno de sus trabajos anteriores en el rubro textil: estampa buzos y remeras, y los vende.

En los últimos meses lo que más le pidieron los clientes fue el estampado del nombre Michael Jordan, con el logo de Chicago Bulls, cuenta Chocobar. La explicación hay que buscarla en la serie documental *The Last Dance*, que describe las hazañas de ese equipo de básquet de la NBA y fue furor en Netflix.

Las noches, dice, no son fáciles. Muchas veces recuerda la mañana fatal de Caminito. Y, entre imágenes que se superponen, más borrosas o más nítidas, le cuesta dormir. “Le preocupa lo que pueda pasar en el juicio. Estuvo deprimido y se recuperó. Al principio recibía más de mil llamadas por día, de periodistas y gente conocida... **El teléfono se le apagaba y se le volvía a prender sin que él lo tocara**. Era un muchacho y de un día para el otro se convirtió en el nombre de una doctrina,

la “*doctrina Chocobar*”, argumenta su abogado.

“Para no hacerse mala sangre trata de no mirar noticieros”, suma su amiga Analía. “Si prende la televisión es para ver alguna película”. Vía streaming, le gustan las producciones con trama hospitalaria, del estilo de *Grey’s Anatomy*, *New Amsterdam* o *The Good Doctor*.

Una vez por semana Chocobar recibe ayuda psicológica: hace terapia con una especialista. Cuando puede también sale a correr. Y se aferra a la religión. Le gusta conversar con el padre Fernando Abraham, el religioso que lidera en Avellaneda la comunidad Jesús Pan de Vida, la misma a la que asiste Juanse, líder de los Ratonos Paranoicos.

“Antes a Luis le encantaba ir a las peñas de folclore. Bailaba, comía, escuchaba música... Pero dejó de hacerlo”, comenta Analía.

Sin la frecuencia de los influencers, Chocobar usa algunas redes sociales, en especial Facebook, donde suma 5.000 amistades. En promedio recibe unos diez mensajes por día, muchos para manifestarle apoyo.

En febrero de 2018, **cuando todavía era presidente, Mauricio Macri invitó a Chocobar a la Casa Rosada**. Fue un acto breve pero simbólico: “Estoy orgulloso de que haya un policía como vos”, le dijo el ex mandatario.

En la misma sintonía, Patricia Bullrich, ex ministra de Seguridad, comentó: “Desde el primer día de gestión adoptamos un lema: cuidar a quienes nos cuidan. Recibí a Luis Chocobar. Está enfermo, su caso le afectó la salud. Le ratifiqué nuestro compromiso. Estamos a su lado y al lado de todos los policías que cuidan a la gente y actúan según su deber”.

El día que arrancó el juicio, el presidente de la Unión Cívica Radical, el diputado Alfredo Cornejo, y su compañero de bloque Luis Petri, impulsaron un proyecto de ley para modificar el

artículo 34 del Código Penal y ampliar el concepto de no punibilidad “en cumplimiento del deber”.



Frank Wolek, declarando por videollamada.

Tal vez por las internas que lo acechan en su propio espacio político, Sergio Berni, ministro de Seguridad de la Provincia, fue ambiguo: **“No tengo ninguna duda de que el agente Chocobar actuó muy mal, pero no es un asesino.** Hay una gran responsabilidad de parte del Estado en haberle entregado un arma a una persona que no estaba capacitada para manejarla”.

Frank Wolek, que se recuperó del ataque tras estar 21 días internado en el Hospital Argerich, ya declaró en el juicio. A través de una videollamada desde su casa en Los Angeles, describió: “Con mi cámara de fotos me detuve frente a un mural de tango. De pronto, dos personas se me acercaron y me atacaron con un cuchillo. Ahí entré en pánico”.

Y profundizó: “Caminé para pedir ayuda. Nadie me entendía lo que decía. Me caí sentado en la vereda. Me desmayé. Aparecieron unas personas que me devolvieron la cámara de fotos. Me dormí. Me desperté con los paramédicos, que me pedían que no me durmiera. Pero no podía mantenerme despierto. Hasta que me desperté unos días después”.

Wolek no dudó en respaldar a Chocobar y agregó que confía en que los jueces “harán lo correcto”.

En la otra vereda, la que pide la máxima pena para el policía es Ivonne Kukoc, la madre de Juan Pablo Kukoc. “Te extraño tanto, JPK, te amo hijo mío. Tiene que haber justicia... Chocobar mató a mi hijo por la espalda. Se ve muy claro en el video”.

Según Ivonne, su hijo había conocido a J, su cómplice, en el Instituto San Martín. El mismo día del robo, J había salido del centro correccional juvenil. **Se encontró con Kukoc y lo invitó a “festejar su libertad”.**

En diciembre de 2019, pocos días después de asumir su cargo, Sabrina Frederic, ministra de Seguridad de la Nación, derogó el “protocolo Chocobar” que había sido formalizado por Bullrich y “daba mayores facultades a los efectivos para disparar”.



Ivonne y Juan Pablo Kukoc.

Frederic sostuvo que eso atentaba «contra el principio de proporcionalidad y de racionalidad del uso de la fuerza letal», y que **ponía en peligro “a las víctimas de los delitos, a personas ajenas al hecho y a los propios efectivos”**.

«Este uso irracional incrementa la violencia en los hechos delictivos, convierte en extremo cualquier enfrentamiento y estimula, por ende, el uso de armas por parte del personal de las fuerzas policiales y de seguridad y de quienes pretendan delinquir», argumentó la ministra.

En La Merced, a unos 25 kilómetros de la ciudad de Salta, **Chocobar se crió con sus abuelos paternos Savignano y Zoila, que fallecieron**. Antes de mudarse con ellos, pasó un tiempo en un hogar de niños. Sus padres biológicos no podían cuidarlo porque tenían problemas con el alcohol.

El apellido Chocobar lo recibió en la adolescencia, a los 15 años, cuando fue reconocido por su madre. Hasta ese momento no tenía documentos. “En mi partida de nacimiento decía ‘hijo de nadie; padre: nadie; madre: nadie’”, le contó tiempo atrás a **Clarín**.



El policía, con manifestantes que lo apoyan, y su abogado, Fernando Soto, en Comodoro Py.

Desde los 11 años trabajó en el campo, “con el tabaco”. Detesta el cigarrillo. A los 18 se instaló en Buenos Aires, donde todavía viven “dos tías mayores”.

¿Por qué abandonó su ciudad? Porque mientras estudiaba contabilidad le sacaron una beca universitaria. “Me fue mal en los exámenes porque en Salta había matemáticas hasta tercer año y no hasta quinto”, intentó justificar.

Su desvelo siempre fue ser policía: la chapa, el uniforme... Pero para eso tendría que esperar. Se inscribió en la Policía Federal y en la Local al mismo tiempo, en 2015, cuando tenía

27 años. Lo llamaron primero de la Local. Presentó los papeles, el apto físico, hizo el curso y **en apenas un año ya estaba en condiciones de ponerse al “servicio de la comunidad”**.

Antes había trabajado en dos fábricas textiles, en un supermercado chino, había limpiado baños públicos en Puerto Madero y había sido jardinero.

“Ahora vive solo y se las arregla muy bien. Cocina de todo, pero lo que más le gusta es preparar empanadas,” sigue contando Analía, su amiga.



Chocobar, sobre la avenida Corrientes. (Mario Quinteros).

En sus ratos libres el policía ayuda con las tareas a su hija, que está en tercer grado. También estudia sus propias materias: **está cursando el segundo año de Enfermería** (en total son tres). Combina clases presenciales y virtuales. Su idea es unir algún día las dos profesiones, policía y enfermero, y convertirse en “rescatista” de la Federal.

El estudio de Soto, con vista al Obelisco y al Teatro San Martín, es un lugar cálido y bien iluminado. Hay estantes repletos de libros de derecho y manuales de jurisprudencia. En un rincón se destaca una réplica de la cabeza de Geniol, ícono de la publicidad argentina, con clavos en lugar de cabellos y un alfiler de gancho en la nariz. **El policía usa la oficina para cambiarse de ropa: se saca el uniforme y se pone un jean negro y una camisa blanca con pintitas.** Se sienta en silencio y, sin ningún gesto, mira por la ventana.

Fuente: Clarín

Fotos: Gentileza – Clarín